

GRECIA



REVISTA DE LITERATURA
SEVILLA

A. GROSIO

Pedid oloroso y fino "PALMERO" de la casa de

MANUEL M. FERNÁNDEZ

DE JEREZ DE LA FRONTERA

Especialidad "MANZANILLA IMPERIO"

SANLUCAR DE BARRAMEDA

DEPÓSITO EN SEVILLA MOZAS, 10

Tejidos

Novedades y Confecciones

Especialidad en artículos de punto

y Camisas de caballeros

José Pérez Girón

Plaza del Salvador, 20 y 21

Sevilla

: Imprenta, Papelería :

: Fábrica de Libros rayados :

L. VILCHES

: La casa que más trabaja :

Sierpes, 79 y Mozas, 5

Teléfono, 453.

SEVILLA

Bertrand Auban Gasquet

OPTICO

SIERPES, NUM. 24.—SEVI.....

Gran surtido en óptica. Electricidad, fotografías y ciencias.

Café Moka

ES EL MEJOR

SIERPES, 61

Cervecería España

TALLER DE REPARACIONES
DE AUTOMÓVILES

Especialidad en coches "FORD"

Bajo la dirección de

MR. W. E. LANE

Mecánico y ex-representante técnico de la Fábrica

"FORD"

GARAJE

Universal Stand

- DE -

LUCIANO HALLIVIS

Neumáticos, Cámaras,

Aceites Grasas, Acce-

sorios para Autos

AUTOMÓVILES DE ALQUILER

Servicio permanente

PZA. de la CONTRATACIÓN, 3 (Junto a la pta. Jerez)

Teléfono, número 1159

SEVILLA

La Española

CONFITERÍA

PASTELERÍA

ULTRAMARINOS

Astelmo de Rueda y Mora

Tetuán, 27. Teléfono, 941.

SEVILLA

Casa especial para bombones

Montes Sierra e Hijos

BANQUEROS

(Sucesores de Huidobro)

Neutrácido Español

Medicamento insustituible, absolutamente inofensivo
Completamente eficaz para las enfermedades del
Estómago e intestinos
y todas las derivadas de defectuosa nutrición
Artrítismo, Diabetes, Anemia, etc.

No vacile usted si sufre
Tardará usted en curarse, lo que tarde en decidirse
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS

FRASCO DE 300 GMS. 6 PESETAS
FRASCO DE 500 GMS 10 PESETAS

Concesionario exclusivo: José Marín Galán, Arjona, 4.—SEVILLA
quién enviará gratuitamente folletos a quienes los soliciten.

GRAN SASTRERÍA

DE PAISANO Y MILITAR

Vda. de Subirá y Sevilla

ALTAS NOVEDADES

EXTENSO SURTIDO

Uniformes de todas clases para corporaciones, cocheros, lacayos
y chauffeurs

O'DONNELL, 30 Y 32

SEVILLA

Única casa en España que sirve lutos a medida en una hora



En la angustia de la ignorancia—de lo porvenir, saludemos—la barca llena de fragancia—que tiene de marfil los remos.

Rubén Darío

DIRECTOR
Isaac del Vando - Villar

Revista Quincenal de Literatura.

Redacción: Amparo, 20

REDACTOR-JEFE
Adriano del Valle

EL POEMA SIN FIN

A la noche más larga.

Oh tú, noche de agosto, larga, larga,
la más larga noche del año,
larga como una mujer delgada y fina
que tuviese un largo cuello de girafa
y entre los rizos de sus cabellos muchos frutos
pendientes como aquellos que cuelgan
de la cabeza de las palmeras. ¡Oh tú, noche,
estirada—oh cuán gentilmente—
sobre los altos muros del verano,
calcinados y negros, para ver las frescas
llanuras del otoño. ¡Oh larga noche,
hecha a la medida de nuestro deseo,
de nuestro anhelo más largo,
de nuestra ansia que no se cansa nunca,
de nuestro amor a tí, con tu garganta
de girafa para ser ornada
una y otra vez con los collares
de todos nuestros sueños... Larga y larga
noche de agosto, cuántas cosas bellas,
cuántos júbilos tranquilos e impensados

nos trajiste, como una gran palmera
que se fructifica en cada vástago,
a todo lo largo de su tronco.
¡Cuántos cesillos de ofrendas nos trajiste
en lo alto de tu frente
y en tus manos tranquilas:
qué senos incansables
brindaste a nuestros labios.
Nuestra alma ya se cansaba
y tú con nuevas cosas,
con nuevas maravillas nuestros ojos
mantenías desvelados cual los ojos
de los niños que con sonajas
tienen despiertos las nodrizas...
oh gran noche de agosto, nos vencía
tu avidez insaciable,
tu deseo de mirar las estrellas,
de guardarlas sobre tu seno oscuro,
de mirarte en nuestros ojos tristes...
se entreabrían

ya nuestros labios hartos de dulzúra,
 más tú nos retenías con mil prodigios,
 sobre tu seno henchido nuevamente
 como en la hora primera del crepúsculo,
 cuando las ánforas están llenas...
 sobre las fuentes que se desbordan...
 En el diván de tierra nos tenías,
 encantados e inmóviles,
 mirando las eternas estrellas y las luces
 por doquiera encendidas,
 las mujeres que cada hora enviaba, desde lejos,
 y las altas pirámides de frutos,
 que no mermaban nunca...
 Parecía que la sangre del tiempo
 hubiese cuajado en las lunas redondas
 de los grandes relojes.
 Descansaban las madres en la tierra,
 con sus hijos en las rodillas,
 olvidadas de cubrir sus regazos
 y absortas contemplaban esta hora
 que nunca ven dormidas en sus lechos:
 ahora la contemplaban y por verla
 se olvidaban de escalar los tálamos,
 sentadas en la tierra...
 Las vírgenes devanaban la hora con sus novios
 cual si fuera el crepúsculo,
 rondando el secreto misterioso
 que cubren los rosados mosquiteros.
 Los carrousels tirados por leones
 giraban con un brío incansable,
 cargados de mujeres
 que se rejuvenecían a cada vuelta...
 Derretíase el hielo en los sorbetes
 de fresa... y era noche todavía.
 Una vez y otra vez ya la nocturna
 guardia fué relevada
 y era noche; aun era noche:
 servidores nuevos
 pasaban con bandejas, lentamente,
 con el gesto devoto de los eunucos;
 mujeres nuevas venían, ya de retorno,
 de la ciudad, descoyuntadas
 de bailar, sobre los tablados
 o en las hogueras estivales:
 llegaban lentas, con los trajes sueltos
 y los duros corsés, hechos un rollo,
 en la mano como una sentencia;
 pero una fuerza nueva las reanimaba;
 una ilusión nueva dilataba sus ojos,
 al mirarte todavía tan sentada oh larga noche.

Y se erguían, y se erguían cual si quisieran
 competir con tu cuello de girata
 y tus ojos rasgados...
 Y fluía un raudal nuevo de tu seno...
 Oh noche. Se sucedían los cantos.
 las estrellas se renovaban alternadamente...
 Nuestros cuerpos sentados en la tierra
 abrían un largo hoyo;
 nuestra alma destallecía saciada;
 nuestros ojos
 se cansaban de ver
 y te impiorábamos torciendo nuestro brazos
 basta, basta, no nos retengas más.—
 Mas tú, oh noche, nos retenías
 con nuevas maravillas:
 nos lanzabas estrellas a los ojos,
 dátiles maduros a los labios;
 eras como la mujer que se propone
 saciar a un hombre pobre
 con dádivas de todas clases
 y no lo soltara hasta dejarlo ahito.
 Agobiados cabeceábamos,
 y nuestro insomnio era como un sueño
 del que una y otra vez nos despertábamos,
 volvíamos asombrados hacia el cielo
 nuestros ojos sin alas.
 Y aun era noche.
 Se estremecían los ciegos
 salpicados de rocío matinal en las corolas
 de sus ojos vacíos... y aun era noche...
 Y aun las antorchas no palidecían...
 Y aun tus mantos oscuros no cambiaban
 de color en las tinas de la aurora...
 Y nuevos brotes te rejuvenecían.
 y en tu piel tachonada se marcaban
 nuevas series de rosas amarillas...
 Y no mermaba el cesto de tus frutos,
 oh prodigiosa noche, no mermaba
 el saco de tus joyas; y de él siempre
 salían llenas tus manos;
 la música del pulso
 no cesaba en tus venas:
 tu voz infatigable hallaba siempre
 para seguir un ritornelo nuevo
 que todas las mujeres desveladas
 a coro repetían... Un solo
 instante callaron fatigadas
 y las tientes libertadas alzamos.
 Pero al punto
 un nuevo canto se elevó sereno

alto y henchido, como si volviese
 a exprimirse la tarde sus dos pechos
 en largos surtidores... Nuevamente
 tornaron a girar tus carrouseles
 miedos por leones. ¡Y era noche,
 aun era noche!
 Los ascetas puros
 habían sacudido ya el tapiz
 de sus sueños y se erguían:
 los que venden las rosas de la aurora
 armaban ya sus tiendas;
 se abrían las juderías,
 se abrían las puertas de todos los claustros
 y dejaban salir sus criaturas
 pero nosotros aun seguíamos
 sentados en la tierra,
 hundidos en el hoyo
 de nuestros cuerpos. en cuclillas,
 cual los que oyen una larga historia
 atónitos, absortos, tascinados por tí,
 por tí, por tus pupilas amarillas,
 extáticos de verte tan colmada,

a tí, largo desierto,
 tan festiva, a tí, oh viuda,
 serena y perdurable
 cual si hubiesen tus leones
 vencido a la mañana,
 cual si hubieses traspuesto ilesa
 el límite vedado,
 y alargando tu cuello de girafa
 mordisqueases con tu oscura boca
 en las altas palmeras del tiempo
 todos los retoños del día.
 Y asombrados de contemplar
 tu belleza inagotable,
 te proclamábamos eterna,
 nos desposábamos para siempre contigo,
 te elegíamos entre todas las noches,
 te consagrábamos con un poema sin fin
 nuestra alma inagotable,
 a tí, oh noche más larga!

R. CANSINOS-ASSÉNS.

El alma vuelve a su alcázar.

Oh, cuánto tiempo sin hablarnos, alma!
 Desde aquél raptó en que me huíste
 por un camino sin recuerdo,
 nuestras palabras se quedaron mudas
 y no supe de tí hasta ahora
 en que has llegado rota por la vida,
 desorientada, desorbitada,
 perdida, con las llagas purulentas
 al aire cristalino del hielo
 de la noche.

Oh, cuánto tiempo sin hablarnos, alma!
 Todos los pies tuvieron en tu blanca
 túnica una huella profanadora.
 Todos los puños crispados
 pusieron sus mazas de hierro
 sobre tu rostro dormido.
 Todas las lanzas penetraron
 por el blanco flanco
 de tu tórax, donde el corazón
 era una luna en su pleno.
 Otra vez te tengo aquí, pobre alma mía.
 Pobre alma mía, que escapaste

una noche, cuando, dormido
 en mi alcázar de brujo,
 abriste una ventana, y, sin yo sentirlo,
 te fuíste!
 ¿Qué aún loco te poseyó?
 qué estrella te embrujó?
 qué aroma errático te enardeció?
 Y aquél despertar mío en que la rosa
 se había convertido en una equimosis
 sobre mis párpados, y en que el lirio
 blanco se tiñó de oro pálido
 en mi frente, y en que todas las petunias
 dejaron caer sus gráciles campanas
 moradas, blancas, rosas,
 y me quedé solo,
 sin tí, sin tí, sin tí...
 Pero ya estás aquí, alma mía.
 No me dirás dónde te fuíste,
 qué países corriste,
 por qué caminos viniste.
 Yo tengo óleos que cicatrizan las heridas,
 y bálsamos que alivian los dolores,

y lienzos finos que restañan la sangren,
y batistas suaves como plumas,
que enjugan las lágrimas.
Oh, cuánto tiempo sin hablarnos, alma!
Y aún tú enmudecerás por mucho tiempo.
En mi regazo dormirás tranquila.
Me encontrarás más triste; más fingiré
para tí las más bellas risas;

haré que las glicinas azuladas
reflorezcan y que los evónimos
del jardín se recorten sus barbas
descuidadas... Y hasta un arco triunfal
habrá para tí, oh alma mía,
cuando despiertes de ese sueño
profundo en que has caído
sobre mi hombro emocionado y duro...

ROGELIO BUENDÍA.

LA NUEVA LITERATURA

MAX JACOB.



o me declaro mundial, ovípa-
ro, girafa, sitibundo, sinofobo
y hemisférico. Abrebo en las
fuentes de la atmósfera que
rte concéntricamente y ventosea de mi
incapacidad.

Niebla, estrella de araña.

El alba en el horizonte es un espejo
de estaño que proyecta un reflejo sobre
una cosa.

Al pie del lecho, el espejo de luna es
la guillotina: en él se ven nuestras dos
cabezas pecadoras.

Muro de ladrillos, bibliotecal

El chorro de la botella de tinta salpi-
ca! No es una rana, sino un maestrillo
de orquesta que señala la escena y los
bajos de una falda blanca.

Saltad a la comba, al bajar una escalera
y no pondrels en ella los pies.

Antes que amanezca, ladra un perro:
los ángeles empiezan a cuchichear.

Al pie de la montaña, por la mañana,
las voces suenan como en un corredor.

El brasero, cero! Se desespera por-
que no es un triángulo dotado de alas
negras. Se muerde la cola, está surcado
de carriles azules que se cruzan, le ra-
yan y le toman el pelo (*le raient et le
raillent*).

Un incendio es una rosa en la cola
abierta de un pavo real.

Sus brazos blancos llegaron a ser
todo mi horizonte.

Un oso que bailaba, se apartó y fué a
mear contra una pared.

El horizonte hierve. Sol! Coge todas
estas hamacas rosadas y blancas! No
tendrás la mía, es de ámbar y está re-

camada de azabache, por este lado cuando menos.

Título: Descripción de una avenida.

El arcángel fulminado sólo tuvo tiempo, para aflojarse la corbata, se hubiera dicho que oraba todavía.

Para deslizarse sobre el azul, con la cabeza hacia abajo, tienen allí sillones de ruedas mecánicas.

Para vengarse del escritor que les dió vida, los héroes creados por él le esconden el cortaplumas.

Alguna vez un pez que nada entre las olas, muestra un vientre blanco e i aerostato, pez volador, a veces se muestra blanco entre las nubes la bailarina al volverse muestra en la escena en todos los pisos un dorso untado de pez de diamantes.

No se hubiera creído que había allí hombres acostados, de no haber tenido corbatas negras.

El juego de dominó sobre el tapete evocaba a la muerte y el delantal blanco de la niñera no era propósito para ahuyentar ese pensamiento.

Eran las dos de la madrugada: estaban muy elegantes las tres viejas, como lo hubieran estado hace 50 años: chal de encaje negro, cofias con barbuquejos, camafeos, faldas de seda negra, señalando los dobleces del paño fabricado. La acera estaba desierta y sus ojos hinchados de llanto se alzaban hacia una ventana cuyos visillos estaban opacamente iluminados.

(R. C-A. traduxit).

Del libro *Le Cornet á des* (Paris, 1906).

Letanías.

Estrella de mis noches, Mía,
sé mi consuelo y mi alegría
si llega la melancolía
a poner mi vida sombría.

Luz de mi alma, flor,
aurora de todo candor,
líbrame tú con tu amor
de las congojas del dolor.

Sé mi consuelo en la adversidad
y en mis luchas serenidad;
inúndeme tu bondad,
lucero de claridad.

Cuando sufra contortame;
que tu corazón me dé,
si llego a dudar, su fé
y sobre todo amame.

Hazme ver en cada cosa
la rima maravillosa
de la fuente y de la rosa
y de la estrella gloriosa.

Ponga Dios en tu senda bendición
y haga que anide en tu corazón
eternamente la ilusión.

Bendígame la rosa del amanecer
y el lucero del atardecer
porque tú los haces nacer
con tu sonrisa, mujer.

Cante la alondra en tu honor
y haga una escala el ruiseñor
al ver tu cara luz y flor;
que te bendigan, amor,
la alondra y el ruiseñor.

Torre ideal de mi Ideal,
urna de gracia, floreal,
manantial
de mi bien,
líbrame de todo mal,
amén.

JOSÉ MARÍA ROMERO.

La apoteosis del cohete.

A Rogelio Buendía, que ya mira extáticamente hacia las selvas fabulosas del «Ultra»...

Desde el pinar que está mudo de pájaros,
cuando en la noche arden las estrellas
trémulamente
entre los nenúfares del río
que lleva constelaciones sumergidas
como si fuesen ánades,
se ve el pueblo,
el pueblo que fermenta luces
como una hoguera sus recoldos.
Se ve el pueblo
lleno de luminarias y murmullos
como una colmena de luciérnagas
o de girándulas de luces.

Y de pronto,
se elevan los cohetes,
luminosos y erguidos,
tembladores,
como los surtidores de mil fuentes
por las que se escapase de la tierra,
como de arterias rotas,
la sangre de rubíes de los gnomos.

Y de pronto,
se elevan los cohetes,
rojos o azules, ebrios de ser bellos,
abiertos en palios y abanicos,
ansiosos de cobijar bajo sus luces
a los palanquines de los astros.

Se abren como palmeras
que dejasen caer piñas de dátiles
desde los candelabros de sus ramas.
Se abren como los frutos del granado
que rezumasen licores de rubíes
sobre los vasos de la noche
colmados del ajeno del rocío
por las viñas celestes de los astros.

Y de pronto,
se elevan los cohetes,

perforando las sombras y el silencio
como hierros al rojo
que fuesen sumergidos
en los lagos azules
de las Broceliandas de la Noche.

Y vuelan,
como flechas que fuesen disparadas
al torso azul de Urania,
y tornan,
luminosos de sangre de la diosa,
que herida por los dardos en el vientre
y en la aorta de sus constelaciones,
se desangra sobre los grandes ríos
que la contemplan con los ojos atónitos
del fabuloso Argos de los astros.
Otros se rompen, como coronas
en las que los florones
se sintiesen más nostálgicos de espacios,
como ansiosos de decorar las proas
de las nubes que cruzan
como barcas vacías
que fuesen pilotadas por los vientos.
Y nuevamente suben,
nuevamente florecen,
como nuevas palmeras
retoñadas de nuevas palmas,
renovadas de nuevos frutos,
lucientes de nuevas oropéndolas
y de nuevas mandrágoras,
como arañas de rosas,
como selvas del trópico
infinitamente renovadas
en la noche,
como colas de pavos reales
abiertas
en los kioscos de cristal
de los jardines del Misterio...

ADRIANO DEL VALLE

IDILIO DE POBRES

De Juan Richepin.

L'hiver vient de tousser son dernier coup de rhume...

El invierno ha lanzado su último estornudo
y arrebuñado huye en su brumosa guata.
Pasará mucho tiempo hasta que vuelva a verse
en estrellas de agujas florecer a la escarcha
sobre el vidrio; encendido en prismas deslumbrantes.
En los jóvenes pechos vibran secretas ansias.
Es ya la primavera. ¡Salve, pájaros, bosques,
cielo azul transparente! La brisa, embalsamada,
no se sabe de dónde trae la fiebre amorosa
y en el aire los besos van buscando las almas...

Pero el rudo aldeano retorna a sus quehaceres.
¿Qué le importa a él abril, las nuevas esperanzas?
El sabe solamente que hay que dejar la choza,
que hay que empezar de nuevo la sórdida batalla
contra la tierra en celo, sedienta de sudores.
Y le dicen las aves, la claridad del alba,
la mariposa, el cielo:—Es tu mujer celosa
la tierra. Coje el hierro y la blusa. ¡Trabaja!
Serás para ella sola, y mientras dure el día
sin pensar en amores deberás fecundarla.—
Y el rudo campesino besa la parda tierra
sin respirar gozoso las esencias del aura,
sin dilatar el pecho en su dulce caricia.

¿En dónde se detienen los mil besos que vagan,
ese divino enjambre de fiebres amorosas?
Para ellos felizmente, los pobres tienen alma.

*(Aquí dos miserables se amaban con pasión
y esto me valió luego treinta días de prisión.)*

¡Oh pobres, embriagaos de amor primaveral!
Amaos bajo el espino que cubre vuestras ansias;
no tenéis más festigos que las frondas y el cielo.
La abeja, que susurra mientras libando vaga,
no irá a contarle a nadie vuestro dichoso abrazo.
La mariposa, alegre de ver la tierra en gala,

sin ruido recorre la florida llanura
 y posada en las rosas os imita besándolas.
 Sólo un pájaro, encima de las más altas hojas,
 oye los dulces besos, las trémulas palabras,
 y el pícaro parece mofarse de vosotros,
 mas su burla en suaves canciones se desgrana.
 ¡Amaos! ¡Gustad, distantes del mundo y de sus hombres,
 la dicha que en la tierra a nada se compara!
 ¡Conjugad vuestros sexos en ardientes espasmos!
 ¡Saciad la sed de amores! ¡El hambre nunca harta
 satisfaced ahora con caricias sin tregua!
 ¡Como se vive en sueños vivid esta mañana!
 En el desbordamiento de esta hora florida
 ahogad los días sin pan y las noches con lágrimas
 y cuantas pesadumbres os guarda aun el terruño.
 ¡Oh pobres, sed felices! El amor os exalta.
 Vuestra pobreza es rica; vuestra rudeza, hermosa,
 porque el amor eterno os sublima en sus llamas.
 Sí, el amor generoso que enciende vuestras venas
 es aquel que fecunda la tierra en sus entrañas,
 aquel del verde bosque y los alegres pájaros,
 aquel cuyos perfumes las brisas embalsaman,
 el que los senos hinche como si fuesen velas,
 el que en el firmamento las estrellas arrastra,
 el amor infinito que endulza los pesares,
 para quien todo el mundo es solamente un alma.

Traducción de

MIGUEL ROMERO Y MARTÍNEZ.

El *Idylle de pauvres*, incomparable joya de la moderna poesía francesa, forma parte del famoso libro *La Chanson des Gueux*, tan estudiado e imitado por varios de nuestros poetas contemporáneos. La versión que aquí se publica figura en la colección titulada *De los grandes poetas de la noble Francia*.

El nocturno lírico.

A Cansinos-Asséns, Sacerdote y Maestro de normas.

Iremos bajo la luna, serenamente,
 Rafael Cansinos, ¡oh, lírico Maestro!
 enferma de lirismos nuestra frente
 con nuestro coloquio... Iremos a vuestro

lado, por las calles sombrías
 que recuerdan la Brujas de Rodembach.
 En el silencio, sentiremos vagas armonías,
 íntimas y lejanas, de Gluck o de Bach.

El nocturno tiene un influjo brujo,
 ¡oh, Maestro! Nuestros rostros serán amarillos
 como la luna, bajo aquel influjo...

Y nuestros coloquios en la serena
 noche lírica, apasionados o sencillos,
 serán ornamentados por la luna llena...

CORREA-CALDERÓN.

La parábola de un pobre diablo⁽¹⁾

EL POETA

Perorando) Dejadme amigos, que sacuda de vosotros el feo de la vida. Yo os cantaré las dulzuras y deliquios del amor. Mi voz será para vosotros, cual los arpa-dos acentos del ruiñeñor dulce y gentil...

Conmigo aspirareis el voluptuoso aroma de las flores, y al gozar y al morir unidos, arrojaremos en el fango a la perjura deidad que nos traicione...

EL SABIO

(Discutiendo) Escuchadme a mí que enseñe la verdad, y no hagais caso del poeta.

El amor conque os envenena el alma, no es más que una obsesión del sexo. Los besos de la diosa no son más que un roce de membranas y un cambio de microbios.

El canto de su ruiñeñor, es inseguro y falso: No conoce la armonía y canta en sí bemol en lugar de hacerlo en do sostenido.

Es un narcótico el aroma de sus flores, las cuales, se nutren del estiércol pestilente.

Pués, ¿y la ingratitud que tiene pa...

(1) Del libro en preparación *¡A las buenas payas!* próximo a publicarse.

su amada? Sin acordarse de las venturas que debe a la mujer, la arroja al fango como supremo castigo, e ignora que el fango no es tan despreciable como él se cree.

¿Qué es el fango?

Una mezcla de arcilla y arena, de agua y de hollín. Separad la arena, dejad a los átomos ordenarse en paz, según su naturaleza, y tendreis el ópalo. Separad la arcilla y se convertirá en una tierra blanca, excelente para hacer la más fina porcelana; y si se purifica más, obtendreis el zafiro. Tomad el hollín y si lo preparais convenientemente, os dará un diamante, en tanto que el agua purificada se hará una gota de rocío.

Yo lo sé todo. Yo todo lo enseño; dejad al poeta con sus ruiñeñores y venfos conmigo.

El Labriego.

(Arando la tierra) Yo arranco del surco el pan que los sustenta a todos.

Porque no digo discursos ni escribo madrigales me llaman záfiro, estúpido y analfabeto. Quizás tengan razón: soy un pobre diablo; pero si yo no trabajara, ¿qué comerían los que así me tratan?.....

¡¡Arre Cordera! ¡¡Tesa Generoso!!.....

PEDRO BALGAÑÓN

Extraño

He de estar solo, así, y llorar por siempre como un niño perdido, ciego, atónito, y herido... herido... Cansado de mirar, de vibrar.....

Vibraré por siempre sin hallar un eco dulce, y habré vivido para sembrar un desconocido grano divino con mi cantar.

Extraño... extraño... soy un extraño...

donde pongo amor sólo hallo daño; soy una partícula que danza

en un rayo de sol condolidada con esa cruelísima enseñanza que nos da la conciencia de la vida.

Extraño..... extraño... Soy un extraño... Donde pongo amor sólo hallo daño.

J. RIVAS PANEDAS.

Una noche del Yosiwara

En la estancia íntima de aquella casa galante del *Yosiwara*, la bella oírán permanecía tendida sobre cojines de seda, poblados de quimeras y dragones de oro. Estaba desnuda, y su fino cuerpo, de formas breves, parecía formado con el marfil de los fetiches familiares. A un lado, el kimono, sobre la estera que cubría el suelo de maderas olorosas, plegaba la fantasía de sus ibis y crisantemos bordados. Las porcelanas, los delicados cofrecillos de laca, los biombos resplandecientes de incrustaciones, llenaban el gabinete con su exotismo. De una lámpara de papel de arroz, descendía una suave luz sonrosada. Muy distantes, sin saberse de donde provenían, escuchábanse dulces músicas de instrumentos de cuerda. La profusión de sedas, y de rasos, y velos transparentes, y perfumes intensos, acumulados en aquel cálido nido, daban una deliciosa sensación de prolongados y misteriosos placeres. De fuera, llegaba el aliento de los árboles floridos que ceñían las fachadas de bambú, y las fantásticas luminarias, dispuestas en festones áureos, a lo largo de las techumbres triangulares. Era día de fiesta religiosa. Por las calles, pasaban con sordo rumor de enjambre, los peregrinos, que iban a visitar los sepulcros sagrados.

Carlos, sobre el lecho, trataba de calmar la enorme tensión de sus nervios excitados. Acababa de solfarse de sus brazos la frágil muñeca que ahora se hallaba desnuda, extendida sobre los cojines bordados de dragones de oro, y aún le quedaba el perfume de su cuerpo,

que olía a sándalo y a té. Sin embargo, él sentía correr bajo sus venas la llama viva de la sangre. Profunda inquietud le aformentaba constantemente, haciéndole sufrir la terrible sed de las caravanas en los arenales. Jamás logró una tregua de sus sentidos, que le torturaban con magníficas tentaciones de lujuria.

Conoció el amor de todas las mujeres en todos los países.

Amó a hebreas, de cabellos perfumados de mirra, como la Esposa del Cantar de los Cantares; a lascivas bayaderas, cuyos vientres, cuando a él se entregaban, estremecíanse todavía con la agitación de las danzas rituales; a bellas chipriotas, de cuerpos blancos como mármoles griegos y cabelleras de oro como el vino de la clara isla; a mujeres de Alejandría, coronadas de rosas, que conservaban en sus sexos el ardor de las antiguas cortesanas; a los egipcias, de perfiles esfíngicos, las gozó sobre las aras apagadas de sus dioses muertos; a las numidas, de formas doradas como racimos de dátiles, bajo las tiendas negras del desierto; a las de Caldea, con túnicas bordadas de constelaciones y altas mitras fulgurantes; a las árabes, de brazos suaves como guirnaldas de iris, entre lánguidas serenatas de guzlas y cantos de surtidores entre arrayanes...

El supo de todos los placeres, ofrecidos en todas las copas y gozados en todos los senos, sin encontrar satisfacción a sus deseos ávidos. El símbolo de Cypris, «semejante a la huella de las corzas sobre la pálida tierra de Siria», eternamente insaciado, inextinto de amo-

roso fuego, le causaba la desesperación del hombre que quisiera contener en su pecho la inmensidad del mar.

Contemplando a la diminuta musmé, desnuda sobre los cojines bordados de dragones de oro, que le sonreía puerilmente, agitándose con movimientos de gata, pensaba en los extraños refinamientos sexuales del Japón galante.

De la lámpara de papel de arroz, descendía, sonrosada, una luz suave; las músicas de los instrumentos de cuerda, continuaban sonando, sin saberse de donde provenían, y el aliento de los árboles floridos que ceñían las fachadas de bambú, confundíase con el aroma de los braserillos encendidos.

Carlos habló a la oírán en su lengua:

—Entre las ricas maderas olorosas de tu casa, envuelta en la seda y el damasco de tus fantásticos vestidos y en la transparencia de tus velos verdes, que parecen tejidos de brisas y de aguas, te dedicas a la divina profesión de amar... La prodigiosa Kawanon, la de las cien manos, debe preferirte entre todas, porque tú eres la más bella flor de marfil de los encantados jardines de Kioto. Pero yo conozco todos los misterios y todas las iniciaciones. He probado el amor en los ponientes suntuosos del Egipto, en las noches enjoyadas de estrellas, de la India, y bajo los sicomoros de la Judea; conozco los labios que tiemblan al ser besados, como delicadas sensitivas, los que queman con la llama de su púrpura, y los que son más suaves que el roce de un ala; conozco los ojos azules como lagos dormidos bajo la luna, y los ojos negros como pensamientos malditos, y los ojos verdes como las olivas, y los ojos dorados como los tronos; conozco los senos anchos, semejantes a los escudos que colgaban los guerreros victoriosos de la Torre de David, y los se-

nos breves, parecidos a pomos frangentes; conozco los muslos blancos como alabastros, y las nalgas rosadas como amplias ancas de yeguas faraónicas, y las cabelleras espléndidas como mantos de emperadores... ¿Qué me ofrecerás tú que me sea desconocido? ¿Qué raro poder tendrán tus manos en las caricias y tus labios en los besos?

La musmé sonreía puerilmente y chispeaban sus ojillos maliciosos.

—Te daré—dijo,—lo que nunca hizo estremecer tu carne en una prolongada agonía de goce supremo. Te daré el placer de los elegidos de los dioses...

A un llamamiento de la oírán, acudieron dos maikos, trayendo en pequeñas tazas de porcelana, bebidas excitantes y aromáticas.

Carlos bebió, lentamente, mientras hacía ella, a pequeños sorbos, con sus graciosos movimientos de gata celosa.

—Danza—suplicó Carlos.

Y ella tomó dos puñales, en cuyos mangos fosforescían riquísimas gemas, y tirándolos al aire, comenzó a danzar.

Las músicas lejanas seguían escuchándose.

La musmé, adoptando inverosímiles actitudes, no cesaba de arrojar los puñales, recogiénolos con rapidez asombrosa. Sucesivamente, mostrábanse sus brazos, sus muslos y su torso, contraídos, arqueados, tensos, ocultos a veces por la cabeza, agobiada bajo la complicación del tocado. Las hojas de los puñales, relampagueaban en torno de su cuerpo, y parecían ceñirla con una guirnalda luminosa. Carlos la contemplaba, ansioso. El temor de que pudiera caer, herido por los aceros, aquel delcioso cuerpo de marfil, perfumado de sándalo y de té, sin que él lo poseyese, le torturaba.

—Ven—decía.—Ven a mi lecho y calma mi ansia con tus caricias...

Pero ella seguía danzando, entre la guirnalda luminosa de sus puñales.

Al fin, saltó sobre él, sonriendo, sudorosa, guiñando los ojos largos, maliciosos y negros.

Carlos vió ondular, a sus pies, el cuerpo de la oirán, delicadamente amarillo, y sintió su boca, cálida, inquieta, suave... Los momentos eran supremos.

Seguían oyéndose las músicas lejanas y llegaba el aliento de los árboles floridos...

Cuando, en el último instante, sintió Carlos desgarrársele la médula, estalló en su boca una carcajada de extravío...

La oirán sonreía, satisfecha, pero al ver el rostro desfigurado del joven, cubriéndose con el kimono de seda, salió de la estancia a pasos menuditos.

Luis Mosquera.

Poemas del Ultra

EL VIANDANTE EN LAS CALLES DE LA CIUDAD DE EXILIO.

Las calles torcidas y húmedas,
penumbrosas y desoladas,
le sonríen con tristeza.
Tienen la dolorosa sonrisa
del enfermo que va hacia la muerte
y quisiera engañarse a sí mismo
brindando vida a quienes la tienen
y se la niegan:
así las calles descoyuntadas
quieren abrirse hospitalariamente
y llevarle a las lejanías
más distantes e inesperadas...
Pero zozobran en el ambiente;
vacilan y se cansan antes que el viandante...
Y el viandante anhela la noche:
la noche que atenúe
el gesto desdichado de las calles,
cubriendo su agonía
de lágrimas estelares...
Vivamente anhela la noche
—sin poder precisar que tal sea su anhelo—,
porque anhela la lejanía,
y la noche le parece aún más lejana
que el día mismo, que desde arriba,
no se atreve a entrar en las calles
como no se atreve a entrar en las tumbas...
Pero si al fin llega la noche
sin que el viandante se haya hundido
en la negrura pestilente
de alguna puerta abierta como

una atarjea,
donde su fatiga se mitigue
largamente
hasta la consunción definitiva y el olvido,
el viandante seguirá desorientado
vagando en busca de los extremos
que le maravillen y le exalten,
y que las calles le prometen,
—aún seguras de no poderse los dar—,
con su jovialidad amarga y desmañada,
precaria y descolorida...
Y ya el viandante volverá atrás la cabeza,
y querrá sentarse sobre los pilares y los zócalos
o simplemente al filo de las aceras,
en doblamientos disparatados y consoladores,
y buscará los rincones más plegados y oscuros,
queriendo esconderse de sí mismo, que se per-
(sigue...)

Y se desesperará consigo
sin saber por qué,
queriendo darse y retenerse,
—ante la propicia incertidumbre
de las calles resignadas y sumisas—,
como un esposo encelado
ante la desnudez atónica e insulsa
de la esposa entregada por convencimiento,
dispuesta de buen grado al sacrificio,
mas desprovista de belleza,
de gracia, de alma y de genésicos ardores...

CÉSAR A. COMET.

El poema de las calles triunfales.

A Rafael Cansinos-Asséns, creador de todas las imágenes bellas.

Porque eres zigzagueante
los hombres sutiles
del mediodía
te bautizaron, oh calle alegre,
con el nombre paradisiaco de Sierpes.
Habrá calles espléndidas,
con edificaciones marmóreas;
pero más pintoresca,
ninguna.

Te amo hasta en la noche
de los sábados,
en que los hombres embriagados
de vinos rojos
discurren funambulescamente
escupiéndote las puntas de sus cigarros;
y en los domingos tumultuosos
cuando la soldadesca
te hace intransitable
y apareces ante mis ojos
como una ciudadela,
o como una de esas oscuras calles
donde las meretrices
con sus trajes conmovedores
venden sus caricias envueltas
en nubes de alhucema.
Y los vendedores de diarios
té asaetean con sus mil voces
como si fueses un mercado
donde se amontonasen los frutos
o como si fueses un zoco
donde se vendiesen esclavas.
Y en esas altas horas de la noche
en que los hombres viciosos
salen maldicientes
de las casas de juegos,
con los pies transidos de frío
y las cabezas congestionadas.
Tú, oh calle prodigiosa,
los disuades sonriente
como una alegre cortesana
haciéndoles que ahuyenten
la idea del suicidio.

Tu belleza, oh gran calle,

es inmutable, como la de esas esculturas
que sustentan los pedestales
de las glorietas irradiadas de sol
de los jardines en fiestas.

...Pero una noche
he sentido tu voz inetable:
—Y tú, poeta, ¿nunca me dirás nada?
¿Aguardas, quizá, que deje de existir
como los hombres célebres
para hacerme el epitafio?
Verdaderamente, oh calle de la infancia,
he debido cantarte
como una alondra lírica
o como un ruiñeñor sonoro
por el recuerdo de la niñez
porque infantilmente
—con mi larga cola de nazareno
he barrido, como una novia
que vá a desposarse, tu suelo
en los días de Semana Santa—
cuando el olor de los *pedacitos*
que se doran en los peroles
ponen sus collares invisibles
en las gargantas de los penitentes
y se siente una carraspera
como la que deben sentir
los condenados a muerte;
y las imágenes tiemblan en los pasos
a los sonos de las claras trompetas.
en un apoteosis deslumbrante.

¡Oh calle que me has visto torna
colmado de juguetes de las ferias!
¡Quién pudiera retener esos instantes
para ser siempre dichoso,
para ser siempre inocente,
como el día en que se me volara
un globo azul en el espacio!

¡Pero tú serás siempre, oh calle sabia,
como la serpiente tentadora
otreciéndonos mujeres voluptuosas
y sonrosadas como manzanas del Norte!

ISAAC DEL VANDO-VILLAR.

Escolios líricos

EL POEMA DEL CONVENTO, por Antonio Gallego y Rubín.



Silence, silence... ¿no dijo así Albert Samain? Porque para hablar de este libro, ¿qué mejor palabra que la sonora palabra del silencio?

Un broche de luz lo cierra, en una lamentación a la llegada del otoño en la que la voz del poeta se vela como de penumbras de claustros que tuviesen meandros de rosas lunarias prendidos entre los encajes de piedra de las góticas tracerías.

Y se lamenta el poeta no porque los arbustos se desnuden de hojas, que aún quedan rosas póstumas en los jardines del otoño, sino porque el otoño es un heraldo del invierno en el que ya no habrá pájaros que canten, ni aviones que se cifian a las torres doradas del poniente, en los vértigos locos de sus vuelos en guirnaldas...

Un *umbral de paz* da acceso a este libro; un umbral de paz que está lleno de sol... Un *patio de luna* lo promedia; un patio de luna que se engalana con los mismos velos con que los jardines se entocan en el luar, bajo un cielo que estuviese nevado de palomas blancas...

Y hay flores pálidas en esos claustros, hay flores místicas en los patios conventuales... Hay lirios blancos, como las focas albas de sus hermanas, las esposas de Cristo... Lirios de linos y armiños, como las manos de las novicias, que simulan ser estrellas caídas sobre las umbrosas sendas de los huertos, en la hora del riego, cuando la tarde está atrisrosada de crepúsculo...

Este es un libro que está lleno de luna, un libro pálido y amarillento, como los marfiles de los clavicordios olvidados que fuesen nidos vacíos de los que ha tiempo volaran para siempre las líricas alondras de las sonatas...

Pero he aquí cómo éste poeta supo llenar los fibios nidos de su alma con los cantos de esos dulces pájaros que sienten la nostalgia de la noche...

Y visitó los conventos del silencio; paseó por sus claustros umbríos, subió a sus torres, calladamente, como para no despertar a sus hermanos los pájaros, y contempló la ciudad bajo la noche, toda blanca, como florecida de nieve, como nevada de luna... Contempló la ciudad con sus ríos de luces por los que bogaban como cisnes las constelaciones, y oyó la música de la madrugada y bebió su fresco rocío en las copas de rosas de los cármenes...

Pero ese silencio que le dijeron los pájaros de la noche, ese silencio que le dijeron las estrellas, ese silencio no lo canta el poeta si no está ornado por las áureas palmas de los rayos del sol, si no está extenuado de palideces bajo las flores de almendro que nievan los plenilunios.

Porque sobre el corazón del silencio prende el poeta el más rojo clavel del sol, la más blanca margarita de la luna.

¡Y ese amor místico por las palomas y las fuentes, por los jardines solitarios, sobre los que vuela el alma del poeta como una estrella que tuviese alas, como

una paloma que tuviese alas de estrella..!

¡Y ese amor a las campanas que dormitan, anidadas como los pájaros en las torres señeras que tienen caperuzas de soles bajo el apocalipsis de fuego del poniente! Ese amor a las cosas que prestigian el verbo del silencio porque son blancas, porque son bellas, porque son fragantes y sonoras..! Y el silencio que es luz, y la luz que es perfume, y el perfume que es música, todo canta alumbra y perfuma, magníficamente, en las páginas de este libro, como en las ramas de un rosal en flor que estuviese sonoro de pájaros y luminoso de estrellas...

¡Y qué blancos palomares de ilusión levanta el poeta sobre las floridas azoteas de su prosa! Es como si en cada capítulo del libro nos asomásemos a un vitral gótico que estuviese abierto a los países fantásticos de sus policromadas cristalerías.

Porque este libro es el devocionario del silencio y de las cosas blancas, de las cosas que nacen y mueren con el silencio y con la luz...

Porque todas las cosas rezan en él, todas las cosas perfuman, como en la paz del luar, bajo la cándida caricia de la nieve...

Así es cuando dice:

«Los pétalos deshechos han sangrado su esencia. ¿A qué huele?... ¿A corazón?... ¿A luna? ¡Quién sabe! ¡Si oliera la tristeza y la tristeza oliera a jazmín, sería olor de tristeza!...»

Y este poeta, como José María Izquierdo, también tiene en su prosa el encanto inefable de los puntos suspensivos, en los que deja temblar las alas de su corazón como las alas de unas blancas palomas que fuesen a remontar el vuelo desde los floridos alféizares de su alma...

ADRIANO DEL VALLE.

El dolor de Meyra.

Meyra: yo conozco el secreto de tu gran dolor. Ya lo sabes. No diré claramente: este es el dolor de Meyra. Pero lo diré sin decirlo. Tú ya me entiendes y los dos nos entendemos. Esta sola es la causa de nuestra gran aproximación espiritual.

Antes de nada será preciso hacer una poca historia; nada, Meyra; tan sólo un antecedente. El de tu gran amor, génesis de tu gran dolor.

¿Amabas a Ben-Yiola? A easo le amaste tanto, tanto, que lo que debió haber sido no llegó a realizarse nunca. Tú tenías como las exquisitas mujeres antiguas, una idea fija y obsesionante: la de la eterna belleza. Y en tu estancia, confortable y evocadora, como un sueño de amor altísimo, las estatuas desnudas y admirables, ponían una nota artística de gran sugestión y estética sublime.

Aquellos desnudos albos y paganos... En tus momentos de exaltación amorosa con Ben-Yiola, el guerrero fuerte y audaz, clavabas en ellos tus ojos extáticos, agrandados, luminosos, como hálitos de sol. Y era como si quisie-

ras plasmar en tus pupilas anhelantes la maravillosa visión, todo gracia y armonía...

Y Ben-Yiola te dió un hijo. Al fin. Un hijo de tu gran amor, génesis de tu gran dolor. ¡Oh el hijo de tu amor y de tus entrañas!

Meyra: perdóname. En mis labios debe florecer la blasfemia como una negra flor de muerte, repulsiva y horrible. Tu hijo... ¡Oh tu hijo! jamás monstruo más monstruo enjendröse en entrañas de mujer.

En ruinas la estancia de tus exaltaciones. Hasta la luz de tus ojos se extinguió para siempre. Truncadas tus estatuas y desgarrados tus tapices y helada tu sonrisa... Y Ben-Yiola lejos, muy lejos, tal vez también para siempre...

Sólo el venenoso fruto de tu amor, tu hijo, tu castigo, el monstruo, queda y quedará, Dios sabe cuánto tiempo.

Tu hijo, Meyra, tu dolor, algo al menos de tu gran dolor.

¿Verdad, Meyra...?

JUAN BAUTISTA SASTRE

Por tierras de Africa-Epoca actual.

PIDA V. CAFE MARCA

El Barco

El mejor, el mas selecto.
Especialidad en torrefacción
concentrando su aroma.

Despachos:
Imágen, 13 y Alcázares, 1.
SEVILLA

FARMACIA ECONOMICA

Encarnación, 10

Coliseo, 2 y 4

Sevilla

SANICAS

(SOLDIS)

EL MEJOR DESINFECTANTE, MICROBICIDA
PARA AGRICULTURA, GANADERÍA E HIGIENE

SANICAS

(POLVOS)

SIN RIVAL CONTRA TODA CLASE DE INSEC-
TOS Y PARA USÓ DOMÉSTICO :: :: ::



JABÓN "SANITAS"



EL MEJOR DEL MUNDO COMO MEDICINAL Y DE TOCADOR

(The "SANITAS" Company Limited) Londres

CONCESIONARIOS:

Mole y Welton

Almacenes y Oficinas: Plaza San Agustín, 2 y 3

Telegramas y telefonemas: SANITAS-SEVILLA

Teléfono núm. 463

SEVILLA

ACABA DE PUBLICARSE

“EL DIVINO FRACASO”

DE

RAFAEL CANSINOS-ASSENS

BIBLIOTECA-NUEVA

Almacenes Algarin Hermanos

LINEROS, 1.

GUELLOS—PUÑOS—GAMISAS

GINTURONES—LIGAS—PIRANTES

GORBATAS—PAÑOLERIA

Perfumería de las mejores marcas del país y extranjeras

IMPERMEABLES INGLESES

Sección especial de ropa blanca fina

*Una buena colección de
cuadros antiguos en venta.*

José Navarro. LIBRERIA

SIERPES NÚMERO 4 DAN RAZÓN.

Grecia

Revista Quincenal de Literatura

—
Director

Isaac del Vando-Villar

Redactor-Jefe

Adriano del Valle

Redacción y Administración

Amparo, 20.—Sevilla

Precio de suscripción mensual

En Sevilla. 0'30 ptas.

En provincias 0'40 »

En el extranjero. 0'50 »

Número suelto, 10 céntimos.

GRECIA se vende en todas las capitales y pueblos importante de España

Tirada mínima 5.000 ejemplares

Prestigiosas colaboraciones

CONSULTORIO MÉDICO
DEL PROFESOR

M. Sánchez-Pizjuan

ESPECIALISTA

en enfermedades del
sistema nervioso

Consultas de 12 a 2 y de 4 a 7

CORRAL DEL REY, 9

SEVILLA

ALMACÉN DE MUEBLES

— DE —

Alejandro Velasco

FERIA, 23.—SEVILLA

Compra y venta de antigüedades y objetos de Arte.-Se alquilan mantones bordados y mantillas.-Se compra lana usada.-Se alquilan y venden trajes de toreros y picadores, y todo lo perteneciente a este arte.

Grandes Almacenes

EL AGUILA

Sierpes núms. 70 y 72...-Telefono, 18.

SEVILLA

SUCURSALES

Madrid, Barcelona, Alicante, Almería, Bilbao, Cádiz, Cartagena
Gijón, Granada, Málaga, Palma de Mallorca, Santander. Va-
lencia, Valladolid, Zaragoza.

Ropas confeccionadas para caba lero, señora, niño y niña
Peletería, Camisería, Géneros de punto, Corbatería,
Guantería, Sombrerería, Zapatería, Paraguas, Bastones y
Artículos de viaje.

= PRECIO FIJO = VENTAS AL CONTADO =



EL JABON NIEL DE VACA MARCA
LA GIRALDA ES COMUNICA AL CUTIS
LA SUAVIDAD DEL TERCIOPELO Y LA
MÁS PERFECTA BLANCURA ES EL
MEJOR Y EL MÁS HIGIÉNICO
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
DROGUERIAS Y PERFUMERIAS



DOS VENTAJAS

logrará Vd. usando nuestros BRAGUEROS
Contendrá cómoda y seguramente
SU HERNIA y ahorrará dinero

VISITE O SOLICITE DETALLES

HARTMANN Y C^{IA}

Fabricación de Aparatos Ortopédicos
y Miembros Artificiales

Cortes, 591 BARCELONA

MADRID
Fuencarral, 55

VALENCIA
San Vicente, 157

SEVILLA
Rioja, 18

Bazar Victoria

(Antes Graeciani)

FERRETERÍA, BATERÍA DE COCINA, ARTÍCULOS DE CAZA, ESCOPETAS,
BAÑOS Y ARTÍCULOS DE SPORT

ISAÍAS SAINZ

Gran surtido en cubiertos y servicios para mesa

ARTÍCULOS PARA REGALOS

Manuel Cortina, 1 y 3.
y Alvarez Quintero, 24 y 26. (Entrecárceles)

SEVILLA